

***Lenin y la vieja Iskra***  
**León Trotsky**  
**5 de marzo de 1924**

(Tomado de *Lenin (Recuerdos de Lenin)*, en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)* (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales), páginas 6-27 del formato pdf.)

*“La escisión de 1903 fue, por así decirlo, una anticipación...”*  
(Palabras de Lenin en 1910.)

Sin duda, para el futuro gran biógrafo de Lenin, el período de la vieja *Iskra* (La Chispa) (1900-1903) presentará un interés psicológico excepcional y, al mismo tiempo, grandes dificultades: es precisamente durante esos breves años cuando Lenin se convierte en Lenin. Esto no significa que vaya a dejar de crecer. Al contrario, creció (¡y de qué manera!) hasta octubre y también desde octubre. Pero a partir de entonces se trata de un crecimiento más orgánico. El salto fue inmenso, desde la conspiración política hasta el poder del 25 de octubre de 1917: se trataba, sin embargo, por así decirlo, de un desplazamiento totalmente material, totalmente exterior del hombre que ya había medido y sopesado todo lo que se podía medir y sopesar, mientras que en el crecimiento que precedió a la escisión en el II Congreso del partido, hay un impulso imperceptible desde el exterior, pero tanto más decisivo cuanto que era totalmente interior.

El objetivo de estos recuerdos es proporcionar al futuro biógrafo algunos datos sobre este período extremadamente memorable y significativo del desarrollo espiritual de Vladimir Ilich. Desde entonces hasta el día en que se escriben estas líneas han transcurrido más de dos décadas, y son ciclos muy densos para la memoria humana. Por ello, es natural que surjan ciertas aprensiones: ¿hasta qué punto este relato reproducirá con exactitud lo que ocurrió? Confieso que no he podido evitar sentir ese mismo temor durante todo el tiempo que me ha llevado este trabajo, sabiendo que ya existen demasiados recuerdos incoherentes y testimonios inexactos. Al escribir este ensayo, no tenía a mano absolutamente ningún documento, ninguna recopilación de referencias, ningún expediente, etc. Sin embargo, creo que eso es mejor. He tenido que basarme únicamente en mi memoria y espero que mi trabajo espontáneo, en tales condiciones, haya estado mejor protegido contra los retoques retrospectivos involuntarios que tan difícilmente se evitan, incluso cuando uno se somete a sí mismo a la crítica más rigurosa. Y, por último, para futuras investigaciones, esta crítica resultará aún más fácil cuando se tengan en las manos los documentos y, en general, todos los expedientes que se refieren a aquella época lejana.

En algunos pasajes, cito conversaciones y discusiones de entonces, presentándolas en forma de diálogos. Por supuesto, sería imposible pretender una reproducción exacta de los diálogos tras más de veinte años transcurridos. Pero en cuanto al fondo, me parece que mi pluma me es fiel, y en cuanto a ciertas expresiones más vivas, la reproducción es literal.

Dado que se trata de material para una biografía de Lenin, y que, por consiguiente, el hecho reviste una importancia excepcional, espero que se me permita decir unas palabras sobre ciertas particularidades de mi memoria. Recuerdo muy mal la topografía de las ciudades e incluso de las viviendas. En Londres, por ejemplo, me perdí más de una vez en la distancia relativamente insignificante que separaba la vivienda de Lenin de la mía. Durante mucho tiempo tuve muy mala memoria para los rostros, pero, en este

aspecto, he hecho notables progresos. En cambio, recordaba y recuerdo muy bien las ideas, sus combinaciones y las conversaciones sobre ideas. Esta valoración que hago no es subjetiva; he podido convencerme de ello y verificarlo muchas veces: otras personas, que habían asistido a las mismas conversaciones, las transmitían con menos exactitud que yo y aceptaban mis correcciones. A esto hay que añadir la circunstancia de que, al llegar a Londres, yo era un joven provinciano con muchas ganas de saberlo todo y comprenderlo todo lo más rápido posible. Por lo tanto, es natural que mis conversaciones con Lenin y otros miembros de la redacción de *Iskra* se hayan grabado profundamente en mi memoria. Estos son puntos que el biógrafo deberá tener en cuenta cuando quiera juzgar el valor histórico de los recuerdos que siguen.

\*

\*\*

Llegué a Londres en 1902, en otoño, en octubre creo, una mañana temprano. Gesticulando, logré hacerme entender por un cochero y el taxi me llevó a una dirección que tenía en un papel y que era mi destino. Ese lugar era la vivienda de Vladimir Ilich. Me habían dado instrucciones de antemano (debió de ser en Zúrich), me habían dicho que llamara un cierto número de veces con el picaporte de la puerta. Por lo que recuerdo, fue Nadezhda Konstantinovna quien vino a abrirme; debió de saltar de la cama, creo, por el ruido que hice. Era demasiado temprano y un hombre más experimentado que yo, más acostumbrado a los buenos modales de la civilización, habría esperado tranquilamente una o dos horas en la estación, en lugar de ir a llamar, por así decirlo al amanecer, a la puerta de otra persona. Pero yo aún conservaba el ímpetu de mi huida de Verjolensk. De la misma manera, o casi, en Zúrich había irrumpido en el apartamento de Axelrod, no al amanecer, sino en plena noche.

Vladimir Ilich aún estaba en la cama y, en su rostro, la amabilidad se matizaba con un comprensible asombro. En esas circunstancias tuvo lugar nuestro primer encuentro y conversamos por primera vez. Vladimir Ilich y Nadezhda Konstantinovna ya me conocían por una carta de Clair (M. G. Krjijanovsky), quien, en Samara, me había introducido, por así decirlo, oficialmente en la organización de *Iskra* bajo el pseudónimo de “Pero” (la Pluma). Así fue como me recibieron: “Pero” había llegado.... Me ofrecieron té, en la cocina-comedor, creo. Lenin, mientras tanto, se vestía. Les conté mi fuga y me quejé del mal estado de la “frontera” (organización de paso al extranjero) de *Iskra*: estaba en manos de un “gimnasia” (estudiante de secundaria, “gimnasio” era la denominación bajo el zarismo de los institutos de secundaria) socialista-revolucionario que trataba a los camaradas de *Iskra* sin mucha simpatía, debido a una dura polémica que se había desatado; además, los contrabandistas me habían despojado sin piedad, exagerando todas las tarifas y remuneraciones acordadas. Le entregué a Nadezhda Konstantinovna un conjunto bastante modesto de direcciones y lugares de encuentro, o más exactamente, información sobre la necesidad de eliminar ciertas direcciones que no valían nada. Por encargo del grupo de Samara (de Clair y otros), había visitado Járkov, Poltava, Kiev, y en casi todas partes, o al menos en Járkov y Poltava, había podido constatar el estado extremadamente deficiente de las conexiones entre las organizaciones.

No recuerdo si fue esa mañana o al día siguiente cuando di un largo paseo por Londres con Vladimir Ilich. Me enseñó Westminster (desde fuera) y otros edificios destacados. No recuerdo cómo lo dijo, pero introdujo en su frase este matiz: “Este es *su* famoso Westminster.” El de ellos” se refería, por supuesto, no a los ingleses, sino a los enemigos. Ese matiz, que no se subrayaba en absoluto, profundamente orgánico, expresado sobre todo por el tono de la voz, se encontraba siempre en Lenin cuando hablaba de valores culturales, de avances recientes, de la inauguración del Museo Británico, de la riqueza de la información del *Times*, o, muchos años más tarde, de la artillería alemana o de la

aviación francesa: “ellos” saben, “ellos” poseen, “ellos” han hecho, “ellos” han conseguido ¡pero qué enemigos! Una sombra imperceptible, la de la clase de los explotadores, parecía extenderse ante sus ojos sobre toda la cultura humana, y esa sombra le resultaba siempre perceptible, tan indudablemente evidente como la luz del día.

Por lo que recuerdo, aquella vez presté muy poca atención a la arquitectura londinense. Lanzado de repente desde Verjolensk al extranjero, donde me encontraba, por cierto, por primera vez, solo recogía entonces de Viena, París y Londres unas primeras impresiones muy someras, y aún no me importaban “detalles” como el Palacio de Westminster. Además, como es lógico, no era por eso por lo que Vladimir Ilich me había arrastrado a ese gran paseo. Su objetivo era conocerme y someterme a un examen.

Y, efectivamente, el examen versó “sobre todas las materias del curso”. A sus preguntas, respondí describiendo la composición del contingente exiliado en el Lena y las corrientes internas que se perfilaban en él. La gran línea divisoria entre las tendencias se definía entonces en función de las opiniones que se profesaban sobre la lucha política activa, el centralismo organizativo y el terror.

-Bien, pero ¿existen discrepancias teóricas sobre la doctrina de Bernstein? - preguntó Vladimir Ilich.

Le conté que habíamos leído el libro de Bernstein y la réplica de Kautsky (lo habíamos leído en la prisión de Moscú y luego en los lugares de deportación). Ningún marxista entre nosotros había alzado la voz a favor de Bernstein. Se daba por sentado que Kautsky tenía razón. Pero entre los debates teóricos que se desarrollaban entonces a nivel internacional y nuestras discusiones de organización política, no establecíamos ninguna relación, ni siquiera nos deteníamos en la idea de una posible relación, al menos hasta el momento en que, en el Lena, aparecieron los primeros números de *Iskra* y el folleto de Lenin: *¿Qué hacer?*

Conté también que habíamos leído con gran interés los primeros libritos filosóficos de Bogdánov. Recuerdo muy claramente el sentido de una observación de Vladimir Ilich al respecto: la pequeña obra que trataba de la naturaleza considerada desde un punto de vista histórico le parecía, a él también, muy apreciable, pero (¡ahí está!) Plejánov no lo aprobaba, decía que eso no era materialismo. En aquel momento, Vladimir Ilich no tenía opinión alguna sobre esta cuestión, se limitaba a referir la opinión de Plejánov, cuya autoridad filosófica respetaba, aunque no sin sentirse algo desconcertado. La valoración de Plejánov también me sorprendió mucho.<sup>1</sup>

Volví a interrogar a Vladimir Ilich sobre cuestiones económicas. Le conté cómo, en la prisión de tránsito de los deportados, en Moscú, habíamos estudiado colectivamente su libro: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*<sup>2</sup>, y cómo, en Siberia, habíamos trabajado en *El Capital*, pero nos habíamos detenido en el tomo II. Recordé la enorme cantidad de datos estadísticos que se había utilizado en *El desarrollo del capitalismo*.

-En la prisión de Moscú, hablamos más de una vez con admiración de esa gigantesca obra.

-¡Vaya! Eso no se hizo de un solo golpe- respondió Lenin.

Era evidente que le complacía comprobar que los jóvenes camaradas estudiaban con atención la más importante de sus obras económicas.

Hablamos después de la “doctrina” de *Majaiski*, de la impresión que había podido causar en los deportados, de aquellos, más o menos numerosos, a quienes había podido seducir. Conté que el primer cuaderno mimeografiado de *Majaiski* nos había llegado “allá

---

<sup>1</sup> En nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#), sus series [Obras escogidas de G. V. Plejánov](#) y [Obras escogidas de Karl Kautsky](#).

<sup>2</sup> V. I. Lenin, *Obras completas, Tomo III*, Editorial Ayuso – Akal Editor, Madrid, 1975, *Obras alojadas en la sección en español del MIA*.

arriba” a orillas del Lena, y había causado una fuerte impresión entre la mayoría de nosotros por su violenta crítica al oportunismo socialdemócrata, en lo que coincidía con el curso de nuestros propios pensamientos, determinados por la polémica entre Kautsky y Bernstein. El segundo cuaderno, en el que *Majaiski* “arrancaba la máscara” de las fórmulas marxistas sobre la producción, viendo en ellas una justificación teórica de la explotación del proletariado por parte de los intelectuales, nos había indignado y desconcertado. Por último, el tercer cuaderno, que habíamos recibido más tarde y que contenía un programa positivo, en el que los vestigios del “economismo” se conciliaban con un embrión de sindicalismo, nos había dado la sensación de una absoluta inconsistencia.

Cuando llegamos a hablar de mi futuro trabajo, la conversación se limitó, como es lógico, a generalidades. Yo quería ante todo informarme de lo que se había publicado recientemente y pensaba luego volver ilegalmente a Rusia. Se decidió que empezaría por “echar un vistazo a mi alrededor”.

Nadezhda Konstantinovna me llevó, para alojarme, a otro barrio, a una casa donde vivían Zasulich, Márto y Blumenfeld, que dirigía la imprenta de *Iskra*. Allí había una habitación libre también para mí. El apartamento, según la disposición habitual de las viviendas inglesas, no se distribuía a lo ancho, sino verticalmente: en la habitación de abajo vivía la casera y sus inquilinos habitaban uno encima del otro. Había aún una habitación libre, que servía de sala común, y a la que Plejánov, tras su primera visita, había bautizado como *guarida*. En aquel caos, en parte por culpa de Vera Ivanovna Zasulich, pero también con la complicidad de Márto, reinaba el mayor desorden. Allí se tomaba el café, se reunían para charlar, se fumaba, etc. De ahí el apodo de aquel antro.

Así comenzó el breve periodo londinense de mi existencia. Me abalancé con avidez sobre los números de *Iskra* y los folletos de *Zaria*. También a esa época se remonta mi colaboración con *Iskra*.

Con motivo del segundo centenario de la fundación de la fortaleza de Schlüsselburg, redacté una nota que fue, creo, mi primer trabajo para *Iskra*. Esa nota terminaba con una cita de Homero, o más exactamente del traductor ruso de Homero, Gnéditch; hablaba de las “manos invencibles” que la revolución lanzaría contra el zarismo (de camino a Siberia, en el vagón, me había devorado la *Iliada*). La nota le gustó a Lenin. Pero en cuanto a las “manos invencibles”, le asaltó una duda legítima que me expresó con una risa bonachona. “Pero está sacado de un verso de Homero”, respondí para justificarme; sin embargo, admití de buen grado que la cita clásica no era indispensable. Esta nota se puede encontrar en *Iskra*, pero sin las “manos invencibles”.

Fue entonces cuando di mis primeras conferencias en White-Chapel, donde “me medí” con *el viejo* Tchaikovsky (ese ya era un anciano) y con el anarquista Cherkezov, que tampoco era joven. Como resultado, me sorprendió sinceramente ver que famosos emigrados de barba gris eran capaces de soltar tonterías de primer orden. Nuestro enlace con Whitechapel lo aseguraba el viejo “londinense” Alexéiev, un emigrado marxista que estaba en contacto con la redacción de *Iskra*. Fue él quien me inició en la vida inglesa y, en general, fue para mí la fuente de todo tipo de nociones y conocimientos. Recuerdo que, tras una conversación detallada con Alexéiev de camino a White-Chapel y de vuelta, le transmití a Vladimir Ilich dos opiniones suyas, una sobre la caída del régimen ruso y otra sobre el último libro de Kautsky. El cambio de régimen, decía Alexéiev, no debía producirse de forma gradual, sino con extrema brusquedad, debido a la rigidez de la autocracia. Esa palabra, “rigidez”, se me quedó grabada en la memoria.

-Bueno, pero puede que tenga razón -dijo Lenin tras escuchar mi relato.

La otra opinión de Alexéiev se refería al libro de Kautsky: *Al día siguiente de la revolución social*<sup>3</sup>.

Sabía que ese folleto interesaba mucho a Lenin, que, como él mismo me había dicho, lo había leído dos veces y acababa de retomararlo por tercera vez; me parece que fue él quien se encargó de ultimar la traducción al ruso. Por mi parte, acababa de estudiar atentamente esa obra, siguiendo el consejo de Vladimir Ilich. Ahora bien, Alexéiev consideraba que era el escrito de un oportunista.

-Im-bé-cil -dijo de repente Lenin, y puso el gesto que solía poner cuando estaba descontento.

En cuanto a Alexéiev, este consideraba a Lenin con el mayor respeto:

-Considero -decía- que, para la revolución, Lenin es más importante que Plejánov.

No le repetí este comentario a Lenin, por supuesto, pero se lo dije a MártoV, quien no respondió ni una palabra.

La redacción de *Iskra* y *Zaria* estaba compuesta, como es sabido, por seis personas: tres “veteranos” (Plejánov, Zasúlich y Axelrod) y tres jóvenes (Lenin, MártoV y Potressov). Plejánov y Axelrod vivían en Suiza. Zasúlich residía en Londres, junto con los jóvenes. Potressov, en aquella época, se encontraba en algún lugar del continente. Esta dispersión de los colaboradores presentaba ciertos inconvenientes, pero Lenin no parecía resentirse por ello, sino que incluso se mostraba satisfecho. Antes de dejarme cruzar el Canal de la Mancha, me puso al corriente con cautela de los asuntos internos del periódico y me dijo, entre otras cosas, que Plejánov insistía en que toda la redacción se trasladara a Suiza, pero que él, Lenin, se oponía a ese traslado porque eso no haría más que entorpecer el trabajo. Fue entonces cuando comprendí por primera vez, o más bien adiviné, a partir de débiles indicios, que la estancia de la redacción en Londres debía explicarse por consideraciones en las que la policía, sin duda, desempeñaba su papel, pero en las que la influencia de los redactores también tenía algo que ver. Lenin deseaba, en el trabajo cotidiano de organización político, la mayor independencia posible respecto a los “viejos” y, en primer lugar, respecto a Plejánov, con quien ya había tenido graves conflictos, sobre todo al elaborar un proyecto de programa del partido. Los mediadores, en tales casos, eran Zasúlich y MártoV: Zasúlich desempeñaba, en cierto modo, el papel de padrino de Plejánov en esos duelos, y MártoV era el padrino de Lenin. Ambos intermediarios estaban muy dispuestos a lograr la conciliación y, además, se tenían mucha amistad el uno al otro. Solo poco a poco llegué a conocer las muy serias discrepancias que se habían levantado entre Lenin y Plejánov sobre la parte teórica del programa<sup>4</sup>. Recuerdo que Vladimir Ilich me preguntó qué pensaba del programa que acababan de publicar (en el número 25 de *Iskra*, si no me equivoco). Pero yo solo había asimilado ese programa a grandes rasgos y, por lo tanto, era incapaz de expresar una opinión sobre la cuestión interna que interesaba a Lenin. Las discrepancias se referían a la necesidad, según Lenin, de definir de forma más clara y categórica las tendencias esenciales del capitalismo, la concentración de la producción, la decadencia de las clases intermedias, la diferenciación de las clases, etc.; sobre estas cuestiones, Plejánov pedía más reserva y cautela. El programa, como es sabido, está salpicado de “más o menos” que provienen de Plejánov. Por lo que recuerdo, según nos contaron MártoV y Zasúlich, el primer borrador de Lenin, opuesto al de Plejánov, había sido objeto de una valoración muy dura por parte de este último, formulada en el tono de burla altiva por el que se distinguía, en esos casos, Georgy Valentínovich. Pero, por supuesto, no era así como se podía desanimar o intimidar a

---

<sup>3</sup> Segunda parte de *La revolución social*, en la serie de Alejandría Proletaria arriba referenciada.

<sup>4</sup> *Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia* (1903), en nuestra serie *Segunda Internacional (Internacional Socialista)*: resoluciones y otros materiales.

Lenin. El conflicto adquirió un carácter totalmente dramático. Vera Ivanovna, según ella misma contó, le decía a Lenin:

-Georges (Plejánov) es un galgo: muerde bien, pero siempre acaba soltando; usted es un bulldog: cuando muerde, ya no suelta.

Recuerdo muy bien esa frase, así como la conclusión de Zasúlich:

-A Lenin le gustó mucho esa comparación. “¿Muerdo y ya no suelto?... ¿Es eso?”, preguntó de nuevo, con regocijo.

Y Vera Ivanovna imitaba la entonación con una bonhomía burlona.

Durante mi estancia en Londres, Plejánov vino a pasar unos días. Fue entonces cuando lo vi por primera vez. Visitó nuestro piso compartido, pasó por la “guarida”, pero yo no estaba.

-Georgui ha venido -me dijo Vera Ivanovna-; quiere verte, ve a su casa.

-¿Qué Georgui? -pregunté intrigado, pensando para mis adentros que aún existía un personaje famoso que yo no conocía.

-Pues Pléjanov... Le llamamos Georgui.

Fui a su casa por la noche. En una pequeña habitación se encontraban, junto a Plejánov, el socialdemócrata alemán Behr, un escritor bastante conocido, y el inglés Askew. Sin saber dónde sentarme porque todas las sillas estaban ocupadas, Plejánov, no sin vacilar, me invitó a sentarme en la cama. Me pareció que era algo totalmente natural, sin imaginar que Plejánov, europeo hasta la médula, no se decidía a tomar una medida tan excepcional salvo en caso de extrema necesidad. La conversación se desarrollaba en alemán; Plejánov no dominaba lo suficiente ese idioma y se limitaba a monosílabos. Beer comentó primero cómo la burguesía inglesa sabía ganarse a los obreros destacados; luego se habló de los predecesores ingleses del materialismo francés. Beer y Askew se marcharon al poco rato. Georgui Valentinovitch esperaba, con razón, que me fuera con ellos, pues era tarde y no estaba permitido molestar a los anfitriones con el ruido de la conversación. Sin embargo, todo lo contrario, yo pensaba en ese momento que la verdadera conversación no hacía más que empezar.

-Lo que decía Beer era muy interesante -observé.

-Sí, cuando habla de política inglesa, es interesante; en cuanto a la filosofía, son tonterías -respondió Plejánov.

Al ver que no me disponía a marcharme, Georgui Valentinovitch me propuso ir a tomar una cerveza por los alrededores. Me hizo algunas preguntas sin importancia, se mostró amable, pero había en esa amabilidad no sé qué impaciencia oculta. Notaba que su atención estaba dispersa. Quizá simplemente estaba cansado tras el día que había tenido. Pero salí poco satisfecho, con un sentimiento de amargura.

Durante ese periodo en Londres, al igual que más tarde en Ginebra, me encontraba con Zasúlich y MártoV mucho más a menudo que con Lenin. En Londres, en la misma vivienda; en Ginebra, almorzando y cenando habitualmente en los mismos pequeños restaurantes, MártoV, Zasúlich y yo nos veíamos varias veces al día, mientras que Lenin vivía en su intimidad familiar; por eso, cada encuentro con él, fuera de las sesiones oficiales, adquiría la importancia de un pequeño acontecimiento.

Zasúlich era una persona singular y singularmente encantadora. Escribía muy lentamente, soportando verdaderamente todos los tormentos de la creación literaria.

-Lo que hace Vera Ivanovna no es componer, es crear un mosaico -me dijo un día, por aquella época, Vladimir Ilich.

Y, en efecto, plasmaba su texto en el papel frase a frase, yendo y viniendo durante largo rato por la habitación, deslizándose y dando golpecitos en el suelo con sus zapatillas, fumando sin parar cigarrillos que ella misma liaba, tirando colillas o medias colillas por todas partes, en los alféizares de las ventanas, sobre las mesas, esparciendo ceniza sobre

su blusa, sobre sus brazos, sobre los manuscritos, en su vaso de té y, si se presentaba la ocasión, sobre su interlocutor. Era y siguió siendo hasta el final una vieja intelectual radical a la que el destino había infligido la inoculación del marxismo. Los artículos de Zasúlich demuestran que había asimilado admirablemente los elementos teóricos de Marx. Pero, al mismo tiempo, la base moral y política que la convertía en una radical rusa de los años 1870-71 permaneció intacta en ella hasta el final. En la intimidad, se permitía enfadarse ante ciertos procedimientos o deducciones del marxismo. La palabra “revolucionario” tenía para ella un significado particular, independiente de la conciencia de clase. Recuerdo haber tenido con ella una conversación sobre su *Los revolucionarios en los círculos burgueses*. Utilicé la expresión: *los revolucionarios burgueses-demócratas*.

-Pero no -replicó Vera Ivanovna, con un matiz de resentimiento, o más exactamente de pesar- ni burgueses, ni proletarios, sino simplemente revolucionarios. Se puede decir, por supuesto, los revolucionarios *pequeñoburgueses* -añadió-, si se incluye en la pequeña burguesía todo lo que no se puede encajar en otra parte...

El centro de las ideas de la socialdemocracia era entonces Alemania y seguíamos con extrema atención la lucha de los ortodoxos contra los revisionistas en la socialdemocracia alemana. Pero Vera Ivanovna solo pensaba lo que le daba la gana y de repente te decía:

-¡Ya está bien!... Acabarán con el revisionismo, restablecerán a Marx, se convertirán en mayoría y, sin embargo, vivirán con su káiser.

-¿Quiénes son “ellos”, Vera Ivanovna?

-Pues los socialdemócratas alemanes.

En este punto, por cierto, Vera Ivanovna no se equivocaba tanto como parecía en aquella época, aunque todo sucediera de forma diferente a lo que ella preveía y por otras causas...

En cuanto al programa de reparto de tierras, Zasúlich se mostró escéptica; no es que lo rechazara formalmente, pero se reía de él con buen humor.

Recuerdo un episodio. Poco antes del Congreso llegó a Ginebra Constantin Constantinovich Bauer, uno de los viejos marxistas (un hombre poco equilibrado, por cierto), que había mantenido durante un tiempo una relación amistosa con Struve, pero que, en aquella época, dudaba entre el grupo de *Iskra* y el de *Osvobózhdenie* (La Emancipación). En Ginebra, empezó a inclinarse por *Iskra*, pero se negaba a aceptar el principio del reparto. Fue a ver a Lenin, a quien probablemente ya conocía. Sin embargo, no volvió de allí convencido, sin duda porque Vladimir Ilich, conociendo su naturaleza hamletiana, no se había molestado en persuadirlo. Yo había conocido a Bauer durante el destierro: mantuve con él una conversación muy larga sobre ese maldito reparto. Con gran esfuerzo, le expuse todas las razones que había tenido tiempo de acumular en seis meses de interminables discusiones con los socialistas revolucionarios y, en general, con todos los partidarios del programa agrario de *Iskra*. Y he aquí que, la tarde de ese mismo día, MártoV (lo recuerdo, fue él) hizo saber en la sesión de la redacción, en mi presencia, que Bauer había ido a su casa y que se había declarado definitivamente “partidario de *Iskra*”. Trotsky, según se decía, habría disipado todas sus dudas...

-¿Y en cuanto al reparto, también está convencido? -preguntó Zasúlich, casi asustada.

-Más concretamente en cuanto al reparto.

-¡El pobre-pobre-pobre!... -exclamó Vera Ivanovna, con un tono tan impagable que todos nos echamos a reír.

Lenin me dijo un día:

-En Vera Ivanovna, muchas cosas se basan en la moral, en el sentimiento.

Y me contó que ella y MártoV parecían inclinarse por el terror individual cuando Val, el gobernador de Vilna, había castigado con azotes a los manifestantes obreros.

Se pueden encontrar rastros de esa “desviación” temporal, como diríamos hoy, en uno de los números de *Iskra*.

Esto es, según creo, lo que había sucedido:

Mártov y Zasúlich publicaron el número sin la ayuda de Lenin, que se encontraba en el continente. Se recibió un telegrama sobre la aplicación de azotes a los detenidos de Vilna. En Vera Ivanovna se despertó la heroína radical que había disparado a Trepov porque este hacía azotar a los presos políticos. Mártov la apoyó en esa ocasión... Al recibir el último número de *Iskra*, Lenin se indignó:

-¡Es el primer paso hacia la capitulación ante los socialrevolucionarios! -exclamó.

Al mismo tiempo se recibió una protesta de Plejánov.

Este episodio tuvo lugar antes de mi llegada a Londres y es posible que se hayan colado algunas inexactitudes en mi relato; pero el fondo del incidente lo recuerdo perfectamente.

-Ciertamente -me decía Vera Ivanovna, a modo de explicación-, no se trata en absoluto aquí del terror como sistema; pero creo que mediante el terror se puede enseñar a esa gente a no azotar más...

Zasulich nunca se entregaba a verdaderas discusiones; aún menos sabía hablar en público. Nunca respondía directamente a los argumentos de su interlocutor, pero algo se gestaba en su interior y luego, de repente, se encendía, lanzaba rápidamente, tan rápido que casi se ahogaba, una serie de frases, dirigiéndose no a quien esperaba su respuesta, sino a quien, esperaba ella, fuera capaz de comprenderla.

Si los debates se celebraban siguiendo un procedimiento regular, bajo la dirección de un presidente, Vera Ivanovna nunca se inscribía para tomar la palabra, pues, para decir algo, necesitaba entusiasmarse. Pero en ese caso, hablaba de todos modos, sin tener en cuenta las inscripciones, formalidad que despreciaba por completo, e interrumpía siempre al orador, como al presidente, diciendo hasta el final lo que quería decir. Para entenderla, había que adentrarse por la reflexión en el curso de sus pensamientos. Y sus pensamientos -acertados o erróneos- siempre eran interesantes y le pertenecían solo a ella. No es difícil imaginar el contraste que presentaba Vera Ivanovna, con su radicalismo difuso y su subjetivismo, con todo su desorden, en comparación con Vladimir Ilich. No se puede decir que no existiera simpatía entre ellos, pero también había allí un profundo sentimiento de incompatibilidad orgánica. Sin embargo, Zasúlich, como fina psicóloga, percibía la fuerza de Lenin, no sin cierto vago desagrado, ya desde aquella época; eso es lo que expresaba con su frase: “Muerde y no suelta”.

La complejidad de las relaciones que existían entre los miembros de la redacción solo me resultaba comprensible poco a poco, y no sin dificultad. Había llegado a Londres, como ya he dicho, como un perfecto provinciano, en todos los sentidos de la palabra. No solo me encontraba en el extranjero por primera vez, ¡sino que nunca había visto San Petersburgo! Tanto en Moscú como en Kiev, solo había vivido en la prisión de tránsito. Solo conocía a los escritores marxistas por sus artículos. En Siberia había leído números de *Iskra* y *¿Qué hacer?*<sup>5</sup> de Lenin. De Ilich, autor de *El desarrollo del capitalismo*, había oído hablar vagamente en la prisión de Moscú (por Vanovsky, me parece), como de la próxima estrella de la socialdemocracia. Sabía poco de Mártov y nada de Potresov. En Londres, mientras estudiaba con ahínco *Iskra*, *Zaria* y, en general, nuestras publicaciones del extranjero, me topé con uno de los números de *Zaria* en el que había un brillante artículo dirigido contra Prokopovich, sobre el papel y el significado de los sindicatos.

-¿Quién es ese Molotov? -le pregunté a Mártov.

-Es Parvus.

---

<sup>5</sup> V. I. Lenin, “Qué hacer. Problemas candentes de nuestro movimiento”, en *Obras completas*, Tomo V, Akal Editor, 1976, Madrid, página 351 y siguientes; *Obras* alojadas en [la sección en español del MIA](#).

Pero tampoco sabía nada de Parvus. Tomaba *Iskra* como un todo y, durante aquellos meses, la idea de buscar en el periódico o en su redacción diferentes tendencias, matices, influencias, etc., me resultaba aún ajena e incluso, podría decir, internamente desagradable.

Recuerdo haber notado entonces que algunos editoriales y artículos en serie de *Iskra*, aunque no estaban firmados, estaban redactados por alguien que hablaba de sí mismo en primera persona: “en tal número, dije”, “ya había escrito sobre este tema”, etc. Me informé para saber quién era el autor de esos artículos. Resultó que todo era de Lenin. Durante una conversación, le señalé que, en mi opinión, desde el punto de vista literario, no era muy apropiado expresarse en primera persona en artículos sin firmar.

-¿Por qué le parece que no es apropiado? -preguntó, intrigado, quizá pensando que en ese momento no hablaba del todo al azar y que no solo expresaba una opinión personal.

-Pero, eso es lo que me parece -respondí vagamente, pues no tenía ninguna idea clara al respecto.

-No estoy de acuerdo contigo -dijo Lenin, y soltó una risa enigmática.

*En aquella época*, este recurso literario podía parecer impregnado de cierto “egocentrismo”. En realidad, al dotar a sus artículos, incluso a los no firmados, de un carácter singular, Lenin se aseguraba su línea doctrinal, pues no estaba muy seguro de la de sus colaboradores más cercanos. Debemos reconocer aquí, en un detalle insignificante, *esa tensión tenaz hacia la meta*, perseverante, persistente, independiente de todas las convenciones, indiferente a las formalidades, que caracteriza esencialmente a Lenin como líder.

Él era el director político de *Iskra*; pero MártoV era su principal recurso como redactor. Escribía con facilidad y sin cesar, al igual que hablaba. En cuanto a Lenin, pasaba largas horas en la biblioteca del British Museum, donde trabajaba en la teoría.

Recuerdo que un día Lenin, en la sala de lectura, escribía un artículo contra Nadioshdin, quien por entonces tenía en Suiza una pequeña editorial propia, que constituía una especie de grupo intermediario entre los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios. Sin embargo, MártoV, la noche anterior (él trabajaba sobre todo de noche), había tenido tiempo de escribir un largo artículo sobre Nadioshdin y se lo había entregado a Lenin.

-¿Ha leído el artículo de Jules? -me preguntó Vladimir Ilich en el Museo.

-Sí.

-¿Qué le parece?

-Me parece que está bien.

-Bien, bien, puede estar bien, pero no es lo bastante claro. No tiene conclusiones. Acabo de anotar aquí algunas notas, pero ahora no sé qué hacer con ellas: ¿a menos que las añada como observaciones complementarias al artículo de Jules?

Me pasó un pequeño cuaderno cubierto de notas a lápiz. En el siguiente número de *Iskra*, apareció el artículo de MártoV con las observaciones de Lenin al pie de página. Ni el artículo ni las notas están firmados; no sé si esas observaciones se incluyeron en las *Obras completas* de Lenin. Puedo garantizar que él es el autor.

Unos meses más tarde, en las semanas previas al congreso, se produjo en la redacción un fuerte incidente entre Lenin y MártoV, que estaban en desacuerdo sobre la táctica de las manifestaciones en la calle, más concretamente sobre la cuestión de la lucha armada contra la policía. Lenin decía que había que crear pequeños grupos armados y entrenar a los obreros militantes para luchar contra las fuerzas policiales. MártoV se oponía a esta idea. El debate se trasladó a la redacción.

-¿Pero no dará lugar esto a algo parecido al terrorismo de grupos? -pregunté al respecto.

(Debo recordar que en aquella época la lucha contra la táctica terrorista de los socialistas-revolucionarios desempeñaba un papel importante en nuestra acción).

Mártov se hizo eco de esta observación y desarrolló la idea de que había que aprender a proteger las manifestaciones de masas frente a la policía, pero no a crear grupos de combate. Plejánov, de quien, sin duda, tanto yo como los demás esperábamos algo, eludió dar una respuesta, limitándose a invitar a MártoV a esbozar un proyecto de resolución que permitiera debatir la cuestión sobre un texto concreto. Este episodio quedó, por lo demás, sepultado bajo los acontecimientos que nos deparaba el congreso.

Fuera de las reuniones y conferencias, no tuve muchas ocasiones de observar a MártoV y Lenin en sus conversaciones. Las largas discusiones, las charlas caóticas, que degeneraban constantemente en chismes sobre la emigración y en charlas ociosas -tipo de ocupación a la que MártoV se prestaba bastante-, ya le desagradaban a Lenin en aquella época. Este prodigioso artífice de la revolución nunca tenía en mente más que una única y misma cosa, no solo en la política, sino en sus trabajos teóricos, en sus estudios filosóficos, así como en el estudio de lenguas extranjeras y en sus conversaciones: el objetivo final. Era quizá el utilitarista más inflexible que hubiera producido jamás el laboratorio del tiempo. Pero como su utilitarismo se combinaba con las visiones históricas más amplias, su personalidad no se veía en absoluto mermada ni empobrecida: al contrario, se desarrollaba y enriquecía sin cesar, a medida que se ampliaban su experiencia de la vida y su ámbito de acción.

Junto a Lenin, MártoV, su compañero de lucha más cercano en aquella época, ya no se sentía a gusto. Todavía se tuteaban, pero ya se percibía un ligero enfriamiento en sus relaciones. MártoV vivía mucho más en el presente: enfados, el trabajo cotidiano de publicista, polémicas, últimas noticias y charlas. Lenin, dejando atrás los acontecimientos del día, se adentraba profundamente con el pensamiento en el mañana. MártoV tenía innumerables y a menudo brillantes intuiciones, concebía hipótesis, hacía propuestas que él mismo, a menudo, olvidaba pronto; pero Lenin captaba lo que necesitaba y solo en el momento en que lo necesitaba. La evidente fragilidad de las ideas de MártoV provocó más de una vez en Lenin gestos de inquietud con la cabeza. Ninguna diferencia en sus líneas políticas había tenido aún tiempo de definirse, ni siquiera de aparecer; solo se pueden percibir las diferencias al volver sobre el pasado a la luz de lo que sucedió después. Más tarde, durante la escisión en el II Congreso, los colaboradores de *Iskra* se dividieron en “duros” y “blandos”. Estas denominaciones, como es sabido, se utilizaron en los primeros tiempos, lo que demuestra que, si bien aún no existía una línea divisoria, sí había una diferencia en la forma de abordar las cuestiones, en la decisión, en la tenacidad hacia el objetivo final. Al repasar estos informes de Lenin y MártoV, se puede decir que antes de la escisión, antes del congreso, Lenin ya era un “duro”, mientras que MártoV era un “blando”. Y ambos lo sabían bien. Lenin consideraba a MártoV, a quien tenía en gran estima, con ojo crítico y ligeramente receloso; MártoV, sintiendo esa mirada sobre él, se sentía incómodo y, con un tic nervioso, encogía sus delgados hombros. Cuando se encontraban y hablaban, ya no había entre ellos entonaciones amistosas, bromas (o al menos yo no las percibía). Lenin, al hablar, dejaba que su mirada se deslizara junto a MártoV, y los ojos de este se cristalizaban tras sus lentes inclinado hacia delante, que nunca se limpiaba. Y cuando Vladimir Ilich hablaba conmigo de MártoV, había en su voz un matiz particular: “¿Qué?, ¿ha sido Jules quien ha dicho eso?” Y entonces, el nombre de Jules se pronunciaba de una manera especial, ligeramente acentuado, como si Lenin diera una advertencia: “Es bueno, sin duda, es bueno, es incluso notable, pero por desgracia es un *blando*”.

Sin duda, Vera Ivanovna también ejercía cierta influencia sobre MártoV, no política, sino psicológica, manteniéndolo un poco alejado de Lenin.

Por supuesto, lo que digo aquí es más bien una generalización psicológica que la constatación de un hecho material; y mis palabras se refieren a acontecimientos que tuvieron lugar hace veintidós años. Durante este tiempo, muchas otras cosas se han grabado en mi memoria y, en la representación que doy de momentos imponderables para caracterizar las relaciones personales, puede haber inexactitudes o un cambio de perspectiva. ¿Qué parte corresponde al recuerdo y qué parte a la imaginación, que reconstruye involuntariamente a su manera el pasado? Creo, sin embargo, que, en lo esencial, mi memoria recrea lo que sucedió tal y como sucedió.

Tras mis conferencias *de prueba*, por así decirlo, en White-Chapel (Alexéiev hizo un “informe” al respecto a la redacción), me enviaron a dar conferencias al continente, a Bruselas, Lieja y París. El tema de estas conferencias era el siguiente: “*Del materialismo histórico y de la forma en que lo entienden los socialistas-revolucionarios*”. Vladimir Ilich se mostró muy interesado en este tema. Le presenté un resumen detallado, acompañado de citas. Me aconsejó que trabajara sobre este tema y que escribiera un artículo para el próximo número de *Zaria*, pero no me atreví a hacerlo.

Desde París, pronto me llamaron por telegrama para que regresara a Londres. Se trataba de enviarme ilegalmente a Rusia, según el plan de Vladimir Ilich: allí se quejaban de carencias, de la falta de compañeros, y creo que fue Clair quien reclamó mi regreso. Pero no tuve tiempo de llegar a Londres cuando, ya, el plan se había modificado. L. G. Deutch, que se encontraba entonces en Londres y se portaba muy bien conmigo, me contó más tarde cómo había “intercedido a mi favor”, demostrando que “ese adolescente” (no me llamaba de otra manera) necesitaba vivir en el extranjero para completar su formación; Lenin, tras discutirlo un poco, aceptó esta idea. Era muy tentador trabajar en la organización rusa de *Iskra*; sin embargo, acepté de buen grado quedarme algún tiempo más en el extranjero.

Un domingo, fui con Vladimir Ilich y Nadezhda Konstantinovna a la iglesia socialista de Londres, donde se celebraba una reunión socialdemócrata al son de salmos piadosamente revolucionarios. El orador era un compositor-tipógrafo que, creo, regresaba de Australia. Vladimir Ilich nos traducía en voz baja su discurso, que tenía un sentido bastante revolucionario, al menos para aquella época. A continuación, todos se levantaron y cantaron: “Dios todopoderoso, haz que ya no haya en esta tierra ni reyes ni ricos...” o algo por el estilo.

-En el proletariado inglés hay una multitud de elementos revolucionarios y socialistas que están dispersos -decía Vladimir Ilich al respecto, cuando salimos de la iglesia-; pero todo eso se mezcla con el conservadurismo, la religión y los prejuicios, por lo que no logra abrirse paso ni generalizarse...

No carece de interés señalar aquí que Zasúlich y Mártoov vivían completamente al margen del movimiento obrero inglés, absortos por completo en *Iskra* y en todo lo que la rodeaba; mientras que Lenin, de vez en cuando, realizaba incursiones exploratorias en los círculos obreros ingleses.

Huelga decir que Vladimir Ilich, Nadezhda Konstantinovna y la madre de esta vivían más que modestamente. Al volver de la iglesia socialdemócrata, almorzamos en la pequeña cocina-comedor de la vivienda, que constaba de dos habitaciones. Aún veo los trocitos de carne a la parrilla que se sirvieron en la sartén. Tomamos té. Bromeamos, como siempre, sobre mi regreso a casa, preguntándonos si sería capaz de encontrar el camino por mí mismo: era muy torpe para reconocer las calles y, por mi inclinación a la sistematización, llamaba a ese defecto mi “cretinismo topográfico”.

Se acercaba la fecha fijada para el congreso y, finalmente, se decidió trasladar la sede de *Iskra* a Ginebra: allí la vida era incomparablemente más barata y la comunicación con Rusia resultaba más fácil. Lenin, a regañadientes, dio su consentimiento. Me enviaron a

París, desde donde debía, junto con Mártoov, viajar a Ginebra. La preparación del congreso se intensificó.

Poco después, Lenin también llegó a París. Debía dar tres conferencias sobre la cuestión agraria en la École des Hautes Études sociales, fundada en París por profesores que habían sido expulsados de las universidades rusas. Los estudiantes marxistas habían insistido en que se invitara a Lenin, dado que Chernov había intervenido anteriormente en el centro. Los profesores estaban preocupados y suplicaban al agresivo conferenciante que, en la medida de lo posible, no entrara en polémicas. Pero Lenin se negó a aceptar ninguna condición y comenzó su primera conferencia diciendo que el marxismo era una teoría revolucionaria que, por lo tanto, exigía necesariamente la polémica; pero que esa combatividad no contradecía en absoluto su carácter científico.

Recuerdo que, antes de esa primera conferencia, Vladimir Ilich estaba muy emocionado. Pero, en la tribuna, recuperó enseguida el control de sí mismo, o, al menos, eso parecía. El profesor Gambarov, que había acudido a escucharlo, expresó a Deutch su impresión en dos palabras: “¡Un verdadero profesor!”. Este amable hombre pensaba estar otorgando el mayor de los elogios. Todas las conferencias estuvieron impregnadas de polémica contra los populistas y el socialreformista agrario David, a quien Lenin situaba al lado de los populistas; sin embargo, estas lecciones se mantuvieron en el marco de la teoría económica, sin tocar la lucha política de entonces, el programa agrario de la socialdemocracia, de los socialistas revolucionarios, etc. El conferenciante había querido limitarse así, teniendo en cuenta el carácter académico de la cátedra. Pero tras su tercera lección, Lenin pronunció una conferencia política sobre la cuestión agraria, en una sala, en el número 110, creo, de la avenida de Choisy; esta reunión no fue organizada por la École des Hautes Études, sino por el grupo parisino de *Iskra*. La sala estaba abarrotada. Todos los estudiantes de la Escuela acudieron a escuchar las deducciones prácticas del curso teórico que se les había impartido. El discurso versó sobre el programa agrario de *Iskra* en aquella época y, en particular, sobre la restitución a los municipios de las tierras comunales. No recuerdo los nombres de los detractores que tomaron la palabra. Pero recuerdo que, en su conclusión, Vladimir Ilich estuvo maravilloso. Uno de los camaradas parisinos de *Iskra* me dijo a la salida: “Lenin, hoy, se ha superado a sí mismo”. Como es costumbre, los camaradas se dirigieron después con el conferenciante al café. Todos estaban muy satisfechos, y el propio Lenin se encontraba en un estado de agradable excitación. El tesorero del grupo nos comunicó con satisfacción la cifra de la recaudación que correspondía a la caja de *Iskra*: algo así como 75 o 100 francos, una suma nada desdeñable. Esto sucedió a principios de 1903; no puedo determinar la fecha con mayor exactitud en este momento, pero creo que no sería difícil hacerlo, si es que no se ha hecho ya.

Fue durante esta estancia de Lenin en París cuando se decidió llevarle a ver una ópera. Se encargó de ello N. I. Sedova, miembro de *Iskra*. Vladimir Ilich acudió a la Ópera Cómica y regresó con el maletín que nunca le abandonaba cuando iba a dar su clase en la École des Hautes Études. Se representaba *Louise*, un drama lírico de Gustave Charpentier cuyo tema es muy democrático. Formábamos un grupo en la galería superior. Además de Lenin, Sedova y yo, estaba, según recuerdo, Mártoov. No recuerdo a los demás. Esta visita a la Ópera Cómica conllevó un pequeño incidente muy ajeno a la música, pero que, sin embargo, quedó muy grabado en mi memoria. Lenin se había comprado unos zapatos en París. Resultaron ser demasiado estrechos. Sufrió con ellos durante unas horas y, al fin, decidió deshacerse de ellos. Como por casualidad, mis zapatos necesitaban ser reemplazados. Lenin me dio los suyos y, al principio, me pareció que me quedaban perfectos, de lo contento que estaba. Decidí estrenarlos yendo a la Ópera Cómica. De ida, todo fue a la perfección. Pero en el teatro, empecé a sentir que las cosas se torcían. Quizá

por eso no recuerdo la impresión que pudo causar la ópera en Lenin y en mí mismo. Solo recuerdo que entonces estaba muy dispuesto a bromear y que se reía mucho. A la vuelta, yo ya sufría terriblemente y Vladimir Ilich, sin piedad alguna, se burlaba de mí durante todo el camino. Sin embargo, había cierta compasión en sus burlas: ¿acaso él mismo no había soportado el suplicio de esos zapatos durante unas horas?

He hablado anteriormente de la agitación que sentía Vladimir Ilich antes de comenzar sus conferencias. Conviene volver sobre este punto. Emociones de este tipo se manifestaban en Lenin en otras circunstancias y mucho más tarde, cuando tenía que aparecer en público; y eran tanto más fuertes cuanto más “ajeno” le resultaba el público y cuanto más fortuita era la ocasión del discurso. La forma de hablar de Lenin estaba siempre llena de seguridad y vehemencia. Decía rápidamente lo que tenía que decir, de modo que sus discursos eran una prueba bastante dura para los taquígrafos. Pero cuando no se sentía a gusto, su voz adquiría un tono que no era el suyo, que se asemejaba a una especie de eco devuelto e impersonal. Por el contrario, cuando Lenin sentía que su audiencia era precisamente *aquella* que tenía gran necesidad de escucharlo, su voz adquiría una vivacidad extrema, se volvía flexible y persuasiva; ya no era la voz de un “orador” en el sentido común de la palabra, sino la de un conversador, pero elevada al tono que exigía la tribuna. Ya no era arte oratorio, eso superaba la elocuencia ordinaria. Se podrá objetar, es cierto, que cualquier orador habla mucho mejor cuando se siente entre *los suyos*. En general, es cierto. Pero toda la cuestión radica en saber ante qué público y en qué circunstancias el orador se siente como en casa. Los europeos del tipo de Vandervelde, formados en las costumbres parlamentarias, necesitan un cierto entorno solemne y todo lo que propicia la elocuencia. En las reuniones en las que se celebran aniversarios o se homenajea a personalidades oficiales, se sienten como pez en el agua. Pero para Lenin, las reuniones de este tipo eran auténticas pequeñas desgracias personales. Hablaba con gran brío y de manera persuasiva, sobre todo cuando tenía que analizar cuestiones de política combativa. Sus mejores piezas oratorias deben de ser los discursos que pronunció ante el comité central en vísperas de octubre.

Antes de las conferencias de París, solo había oído a Lenin una vez, creo, en Londres, a finales de diciembre de 1902. Curiosamente, no conservo ningún recuerdo del carácter de aquel acto, ni del tema que se trató. Casi estaría dispuesto a dudar de la realidad de ese recuerdo. Sin embargo, es cierto que hubo entonces una reunión de rusos, muy importante para Londres, a la que asistió Lenin; si no hubiera venido a dar una conferencia, probablemente no lo habríamos visto. Me explico este vacío en mi memoria de la siguiente manera: la conferencia se dedicó probablemente, como era habitual, a un tema que acababa de tratarse en el último número de *Iskra*; por lo que había tenido la oportunidad de leer el artículo de Lenin sobre ese tema y, en consecuencia, la conferencia no me ofrecía el atractivo de la novedad; además, no hubo debates. Los débiles adversarios que se encontraban en Londres no tuvieron la osadía de tomar la palabra contra Lenin; el público, compuesto en parte por “bundistas” y en parte por anarquistas, formaba un ambiente bastante ingrato; por eso, esta conferencia dejó pocas huellas. Solo recuerdo que, al final de la reunión, los B..., marido y mujer, del antiguo grupo de San Petersburgo “El Pensamiento Obrero” (*Rabotchaia Mysl*), que llevaban bastante tiempo viviendo en Londres, se me acercaron y me invitaron:

-Venga a nuestra casa para la víspera de Año Nuevo. (Por eso sitúo la fecha de la reunión a finales de diciembre).

-¿Por qué? -pregunté sorprendido, como un auténtico bárbaro.

-Pasaremos el rato entre camaradas. Uliánov estará allí, y Krúpskaya también.

Recuerdo bien que dijeron *Uliánov* y no Lenin; ni siquiera entendí a la primera de quién se trataba. Zasúlich y Mártoov también fueron invitados. Al día siguiente, en “la

guarida”, celebramos una reunión para decidir qué debíamos hacer; se le preguntó a Lenin si acudiría a la invitación. Me parece que nadie fue. Y es una lástima: habría sido una ocasión excepcional, única en su género, de ver a Lenin, junto a Zasúlich y Márto, en una velada de Año Nuevo.

Cuando llegué de París a Ginebra, me invitaron a casa de Plejánov, junto con Márto y Zasúlich; creo que Vladimir Ilich también acudió. Pero de aquella velada solo me queda un recuerdo extremadamente confuso. En cualquier caso, aquella reunión no tuvo carácter político; se podría decir que fue “mundana”, o incluso de lo más banal. Recuerdo que me quedé bastante desanimado y malhumorado en mi silla y, cuando el dueño o la dueña de la casa me dejaban sin prestarme atención, no sabía en absoluto qué hacer conmigo mismo. Las hijas de Plejánov servían té y pastas. Había en todas las palabras, en todos los gestos, algo de tensión, una especie de incomodidad que probablemente no era el único en percibir. Quizá, debido a mi juventud, sentía esa pequeña frialdad más intensamente que los demás. Esa visita a Plejánov fue la primera y la última. Por supuesto, las impresiones que me quedaron fueron de lo más fugaces y, muy probablemente, fortuitas, como fueron fugaces y fortuitos todos mis encuentros con Plejánov. He intentado caracterizar en otra parte, brevemente, la brillante figura del primer maestro del marxismo que ha tenido Rusia. Me limito aquí a las impresiones de los primeros encuentros, en los que, ¡ay!, realmente no tuve suerte. Zasúlich, a quien todo esto le entristecía mucho, me decía:

-Sé que Georgui es a veces insoportable, pero, en el fondo, es un animal de lo más amable. (Era su forma de hacer un elogio).

No puedo dejar de señalar aquí que en la familia de Axelrod reinaba un ambiente de sencillez y sincera camaradería. Aún hoy recuerdo con gratitud las horas que pasé en la mesa hospitalaria de los Axelrod, durante mis frecuentes visitas a Zúrich. Vladimir Ilich también acudió allí más de una vez y, por lo que sé según los relatos de esta familia, se sentía allí acogido y a gusto. Por otra parte, no tuve ocasión de encontrarme con él en casa de los Axelrod.

En cuanto a Zasúlich, su sencillez y su afabilidad hacia los jóvenes camaradas eran verdaderamente incomparables. Si no se puede hablar de su hospitalidad en el sentido habitual de la palabra, es porque ella misma necesitaba más beneficiarse de ella que concederla a los demás. Vivía, se vestía y se alimentaba como la más modesta de las estudiantes. En el ámbito de los valores materiales, sus mayores placeres eran el tabaco y la mostaza. Consumía de ambos en enormes cantidades. Cuando untaba una capa gruesa de mostaza sobre una loncha muy fina de jamón, decíamos: “Vera Ivanovna está de fiesta”.

Por su bondad y sus atenciones hacia la juventud, L. G. Deutch, cuarto miembro del Grupo de *la Emancipación del Trabajo*, también se distinguía. No he mencionado hasta ahora que, en calidad de administrador de *Iskra*, asistía a las sesiones de la redacción con voz consultiva. Deutch solía estar de acuerdo con Plejánov, ya que tenía opiniones más que moderadas sobre la táctica revolucionaria. Un día me dejó estupefacto al declararme:

-Nunca habrá ningún levantamiento armado, joven, y eso no es necesario. En el presidio había entre nosotros unos “gallos” que, a la primera excusa, buscaban pelea y acababan recibiendo una paliza. Yo seguía otra conducta: ser firme, hacer entender a la administración que se podría llegar a una gran batalla, pero sin llegar nunca a las manos. De este modo, conseguía cierto respeto por parte de la administración y un alivio del régimen. Esa es la táctica que debemos emplear frente al zarismo; de lo contrario, nos destrozarán, nos aniquilarán sin que sirva de nada a la causa...

Me impactó tanto ese sermón sobre la táctica que se lo comenté sucesivamente a Márto, a Zasúlich y a Lenin. No recuerdo cuál fue la reacción de Márto. Vera Ivanovna

me dijo:

-Eugène (ese era el antiguo pseudónimo de Deutch) siempre ha sido así: personalmente, es un hombre de un valor excepcional; pero en política es extremadamente prudente y mesurado.

Lenin, tras escucharme, pronunció algo así como: “Eh... eh... sí...”, y los dos nos echamos a reír, sin más comentarios.

Los primeros delegados del próximo II Congreso comenzaban a reunirse en Ginebra, y se mantenían consultas con ellos de manera ininterrumpida. En este trabajo preparatorio, Lenin tenía indiscutiblemente la batuta, aunque su papel no siempre fuera perceptible. Había sesiones de la redacción de *Iskra*, sesiones de la organización de *Iskra*, consejos celebrados por separado con grupos de delegados y reuniones plenarias. Una parte de los delegados había acudido con dudas, objeciones o reclamaciones de sus grupos. Este trabajo preparatorio llevaba mucho tiempo.

Solo tres obreros acudieron al congreso. Lenin conversó muy detalladamente con cada uno de ellos y se ganó a los tres. Uno de ellos era Schotmann, de San Petersburgo. Era aún muy joven, pero sensato y reflexivo. Recuerdo que, al volver de una conversación con Lenin (Schotmann se alojaba en el mismo piso que yo), no paraba de repetir:

-¡Cómo brillan sus ojitos! ¡Parece que lo atraviesen a uno!...

El delegado de Nikolaev era Kalafati. Vladimir Ilich me preguntó largo y tendido sobre él, porque yo lo había conocido allí, en Nikolaev, y luego, sonriendo con aire pícaro, añadió:

-Dice que, cuando lo conoció, eras algo así como un tolstoiano.

-¡Vaya! ¡Menuda tontería! -exclamé, casi indignado.

-¡Bah! ¡No pasa nada! -replicó Lenin, ya fuera para consolarme o para burlarse de mí; entonces tenía usted, creo, dieciocho años, y ya sabe que la gente no nace marxista.

-Puede ser -respondí-, pero en lo que respecta al tolstoísmo, nunca he tenido nada que ver con eso.

En las reuniones preparatorias se prestó mucha atención a la elaboración de los estatutos; uno de los momentos más importantes en los debates sobre el esquema de organización fue aquel en que se discutieron las relaciones mutuas entre el periódico central y el comité central. Yo había venido al extranjero con la idea de que el periódico central debía “subordinarse” al comité central. Tal era la disposición de ánimo de la mayoría de los “rusos” de *Iskra*, sin que, sin embargo, esta opinión fuera muy clara ni firme.

-Eso no funcionará -me replicaba Vladimir Ilich-. La distribución de fuerzas no es así. Veamos, ¿cómo van a dirigirnos desde el fondo de Rusia? Eso no funcionará... Nosotros formamos un centro estable y seremos nosotros quienes dirijamos desde aquí.

En uno de los proyectos se establecía que el órgano central estaría obligado a publicar los artículos de los miembros del comité central.

-¿Incluso en contra del periódico central? -preguntaba Lenin.

-Por supuesto.

-¿Para qué? No tiene sentido. Una polémica entre dos miembros del órgano central podría ser útil en determinadas condiciones; pero una polémica de los “rusos” del comité central (es decir, de los miembros que residían en Rusia) contra el órgano central sería inaceptable.

-Entonces, ¿es la dictadura total del periódico central? -pregunté.

-¿Y qué hay de malo en ello? -replicó Lenin-. Así debe ser en la situación actual.

En aquella época hubo mucho revuelo en torno a la cuestión del “derecho de cooptación”. En una de las reuniones, nosotros, los jóvenes, llegamos a decidir el derecho de cooptación positiva y negativa.

-Pero lo que llamáis cooptación negativa significa sencillamente lo que en buen ruso se dice “echar a la calle”, me dijo al día siguiente Vladimir Ilich, que se echó a reír. No es tan sencillo como parece. Intente, pues, llevar a cabo -¡ja, ja, ja!- una cooptación negativa en la redacción de *Iskra*.

La cuestión más grave, para Lenin, consistía en saber cómo se organizaría a partir de entonces el órgano central que debía desempeñar, en definitiva, simultáneamente, el papel de comité central. Lenin consideraba imposible mantener el antiguo consejo de los seis.

Zasúlich y Axelrod, en todas las cuestiones controvertidas, se ponían casi infaliblemente del lado de Plejánov, tras lo cual, en el mejor de los casos, nos encontrábamos tres contra tres. Ninguno de estos dos grupos habría consentido en eliminar a uno de los miembros del consejo. No quedaba, pues, más remedio que seguir el camino opuesto: ampliar el consejo. Lenin quería incorporarme como séptimo miembro, de tal manera que, al considerarse el consejo de los siete como una redacción ampliada, se formaría un grupo editorial más restringido, compuesto por Lenin, Plejánov y Márto. Vladimir Ilich me iba poniendo al corriente de este plan poco a poco, sin pronunciar, por otra parte, una sola palabra sobre la propuesta que había hecho de incorporarme a mí como séptimo miembro de la redacción, sin decirme que esta propuesta había sido aceptada por todos, salvo Plejánov, en quien el plan encontró un adversario decidido. La incorporación de un séptimo miembro significaba ya, por sí sola, a ojos de Plejánov, un aumento del grupo de *La Emancipación del Trabajo*: ¡cuatro “jóvenes” contra tres “viejos”!

Creo que ese plan fue la causa principal de la actitud de extrema antipatía que Georgui Valentinovitch mostró hacia mí. Además, para colmo de males, surgieron abiertamente pequeños malentendidos entre nosotros ante los ojos de los delegados. Todo empezó, según recuerdo, a raíz de un proyecto de periódico popular. Algunos delegados insistían en la necesidad de crear, junto a *Iskra*, un órgano que se publicara, a ser posible, en Rusia. Tal era, en particular, la idea del grupo “El Joven Obrero”. Lenin se oponía firmemente a este proyecto. Los motivos que aducía eran de diversa índole, pero el principal residía en el temor a la formación de un grupo particular que pudiera constituirse sobre la base de una “popularización” simplificada de las ideas de la socialdemocracia, antes de que el núcleo del partido hubiera tenido tiempo de consolidarse como debía. Plejánov se declaraba decididamente a favor de la creación del órgano popular, oponiéndose así a Lenin y buscando evidentemente el apoyo de los delegados regionales. Yo apoyaba a Lenin. En una de las reuniones, desarrollé esta idea -acertada o errónea, ahora ya no tiene importancia-, de que no necesitábamos un órgano popular, sino una serie de folletos y panfletos de propaganda que ayudaran a los obreros avanzados a elevarse al nivel de *Iskra*; pero que un periódico popular reduciría el papel de *Iskra* y borraría la fisonomía política del partido, rebajándolo al “economismo” y al socialismo revolucionario. Plejánov me replicó:

-¿Por qué el periódico borraría la fisonomía del partido? Por supuesto, en un órgano popular no podremos decir todo lo que tengamos que decir. En él presentaremos reivindicaciones, consignas, sin ocuparnos de cuestiones de táctica. Le diremos al obrero que hay que luchar contra el capitalismo, pero, como es lógico, no expondremos teorías sobre cómo hay que luchar contra el capitalismo.

Retomé este argumento:

-Pero -dije-, los “economistas” y los socialistas revolucionarios también dicen que hay que luchar contra el capitalismo. La discrepancia comienza precisamente cuando hay que determinar *la forma* de luchar. Si, en un órgano popular, no respondemos a esta cuestión, borramos, con ello, la diferencia entre nosotros y los socialistas revolucionarios...

Mi réplica pareció salir victoriosa. Plejánov no encontró nada que oponerle. Es

evidente que este episodio no pudo mejorar nuestras relaciones.

Pronto se produjo un segundo conflicto, en una sesión de la redacción que decidió, a la espera de que el congreso resolviera la cuestión de la plantilla editorial, admitirme en las sesiones con voz consultiva. Plejánov se oponía categóricamente. Pero Vera Ivanovna le dijo:

-Pues yo lo traeré.

Y, efectivamente, me llevó a la reunión. Este secreto entre bastidores no me fue revelado hasta mucho más tarde; me presenté en la redacción sin saber nada, sin haber intuido nada. Georgui Valentinovitch me saludó con la refinada cortesía en la que era un maestro.

Por desgracia, la redacción debía examinar, en esa misma sesión, un conflicto que había surgido entre Deutch y Blumenfeld, del que he hablado anteriormente. Deutch era administrador de *Iskra*. Blumenfeld dirigía la imprenta. En este ámbito, surgió una disputa sobre las competencias. Blumenfeld se quejaba de la intromisión de Deutch en los asuntos internos de la imprenta. Plejánov, por antigua amistad, apoyaba a Deutch y proponía limitar el derecho de Blumenfeld a intervenir en la técnica tipográfica.

Yo repliqué que era imposible dirigir una imprenta limitándose simplemente al ámbito de la ejecución técnica; que aún existían problemas de organización y administración, y que Blumenfeld debía tener autonomía en todas esas cuestiones.

Recuerdo la réplica envenenada de Plejánov:

-Sin duda, el camarada Trotsky tiene razón al decir que a la técnica se superponen diversos elementos administrativos y de otro tipo, como nos enseña la teoría del materialismo histórico; sin embargo..., etc.

Lenin y Mártoov me apoyaron, sin embargo, con cautela, y lograron que se aprobara una decisión en el sentido que yo había indicado. Esa fue la gota que colmó el vaso.

En estas dos circunstancias, Vladimir Ilich se había puesto, como hemos visto, de mi lado. Pero, al mismo tiempo, observaba con inquietud cómo se deterioraban mis relaciones con Plejánov, lo que amenazaba con comprometer definitivamente el plan de reorganización de la redacción que él había esbozado. En una de las reuniones siguientes, en la que se encontraban delegados recién llegados, Lenin, tomándome aparte, me dijo:

-En la cuestión del periódico popular, deja que sea Mártoov quien responda a Plejánov. Mártoov dejará pasar el asunto, mientras que a usted le gustaría más zanjarlo. Es mejor dejarlo pasar.

Esas expresiones de “zanjar” y “dejar pasar” se me quedaron grabadas en la memoria.

Después de una de las sesiones de redacción en el café “Landolt”, quizá tras la sesión de la que acabo de hablar, Zasúlich, con ese tono particular que adoptaba en tales circunstancias, con voz tímidamente insistente, se quejó de vernos atacar “demasiado” a los liberales. Ese era, en ella, el punto débil.

-Mirad -decía-, cómo se esfuerzan.

Su mirada evitaba a Lenin, pero era sobre todo a él a quien se dirigía. -En el último número de *La Emancipación*, Struve pone el ejemplo de Jaurès, exige que los liberales rusos no rompan con el socialismo, pues de lo contrario correrían el riesgo de sufrir el miserable destino del liberalismo alemán; quiere que se inspiren en el ejemplo de los radicales-socialistas franceses.

Lenin estaba de pie junto a la mesa, con un falso “panamá” que se había echado hacia atrás sobre la frente (la sesión había terminado y se disponía a salir).

-Hay que golpearlos con más fuerza aún -dijo, sonriendo alegremente, como para burlarse de Vera Ivanovna.

-¡Pues eso es! ¡Eso es! -exclamó ella, completamente consternada-: ¡ellos dan un paso hacia nosotros y nosotros deberíamos golpearlos!

-Exactamente. Struve les dice a sus liberales: en lugar de emplear contra nuestro socialismo los burdos métodos alemanes, hay que emplear los medios más sutiles de los franceses; hay que atraer, mimar, engañar, desviar a la manera de los radicales de izquierda franceses que coquetean con el jauessismo.

No estoy reproduciendo, por supuesto, esta memorable conversación al pie de la letra. Pero el sentido y el espíritu de la misma se han grabado en mi memoria con la mayor claridad. No tengo a mano en este momento material que me permita verificar mis palabras; pero no es difícil hacer esta verificación: basta con hojear los números de *La Emancipación* de la primavera de 1903, y se encontrará un artículo de Struve, dedicado a la cuestión de la actitud de los liberales frente al socialismo democrático en general, así como al jauessismo en particular. Recuerdo este artículo por lo que me contó Vera Ivanovna en la escena que acabo de relatar. Si a la fecha que figura en el número de *Emancipación* del que hablo le sumamos el tiempo necesario para que dicha publicación llegara a Ginebra, llegara a manos de Vera Ivanovna y fuera leída, es decir, tres o cuatro días, podremos establecer con bastante exactitud la fecha de la conversación que acabo de relatar, en el café “Landolt”. Fue, según recuerdo, un día de primavera (quizá a principios de verano), el sol brillaba alegremente y la risita gutural de Lenin era jovial. Recuerdo su aire tranquilamente burlón, seguro de sí mismo y “firme” -precisamente firme-, aunque Vladimir Ilich fuera entonces bastante delgado y no tal y como se le conoció en el último período de su vida. Vera Ivanovna, como siempre, rebosaba energía, volviéndose ora hacia uno, ora hacia otro. Pero nadie, me parece, se metió en la discusión, que, por cierto, no duró mucho, solo lo justo para coger los sombreros.

Zasúlich y yo volvimos juntos. Ella estaba abatida, sintiendo que la jugada de Struve se había echado a perder por completo. No pude consolarla en absoluto. Ninguno de nosotros, sin embargo, presentía entonces *hasta qué punto*, de qué manera admirable, se habían derrotado los triunfos del liberalismo ruso en aquel pequeño diálogo que tuvo lugar junto a la puerta del café “Landolt”.

\*

Me doy cuenta de lo insuficiente que resulta lo que acabo de exponer: mi relato ha resultado más pobre de lo que imaginaba cuando emprendí este trabajo. Pero he recopilado con esmero todo lo que mi memoria había conservado, incluso lo menos significativo, pues ya no queda nadie, en la actualidad, que pueda hablar con detalle de ese periodo. Plejánov ha muerto. Zasúlich ha muerto. Mártoov ha muerto. Y Lenin ha muerto. Es dudoso que alguno de ellos haya dejado memorias. ¿Vera Ivanovna, tal vez? Pero no oímos nada al respecto. De toda la redacción de *Iskra* de aquella época, solo quedan Axelrod y Potresov. Pero ambos, dejando de lado cualquier otro motivo, participaron poco en el trabajo de la redacción y asistieron con poca frecuencia a nuestras reuniones. L. G. Deutch podría contar algo, pero él también llegó al extranjero más bien hacia el final de la época antes descrita, poco antes que yo y, además, no participó directamente en los trabajos de la redacción. Nadezhda Konstantinovna puede aportar, y esperamos que lo haga, información de gran valor. Ella se encontraba entonces en el centro de todo el trabajo de organización; era ella quien recibía a los camaradas que venían de lejos, era ella quien daba las recomendaciones y quien acompañaba a la estación a los que partían; era ella quien establecía los contactos, quien fijaba las citas, quien escribía las cartas, quien cifraba y descifraba. En su habitación casi siempre se percibía el olor del papel calentado a la lámpara. Y con frecuencia se quejaba, con su dulce insistencia, de no recibir suficientes cartas, o de que se había cometido un error en el cifrado, o de que se había escrito con tinta química de tal manera que una línea se superponía a otra, etc. Lo que es aún más importante, por supuesto, es que, en ese trabajo

de organización, junto a Lenin, Nadezhda Konstantinovna podía, día tras día, observar todo lo que sucedía en él y a su alrededor. Sin embargo, espero que estas líneas no resulten superfluas, en parte porque Nadezhda Konstantinovna asistía con poca frecuencia a las reuniones de la redacción, al menos a aquellas en las que yo me encontraba. Y, por último, sobre todo, porque el observador externo percibe más fácilmente lo que no se ve en una relación constante. Sea como fuere, he contado lo que podía decir. Ahora me gustaría formular algunas reflexiones generales, me gustaría explicar por qué, en mi opinión, en la época de *la* antigua *Iskra*, tuvo que producirse una crisis decisiva en la apreciación política que Lenin debía tener de sí mismo, en la forma en que, por así decirlo, se valoraba a sí mismo; por qué esta crisis era inevitable y por qué se volvió indispensable.

Lenin llegó al extranjero en su madurez, a la edad de treinta años. En Rusia, en los círculos de estudiantes, en los primeros grupos de la socialdemocracia, en las colonias de deportados, había ocupado el primer lugar. No podía dejar de sentir su fuerza, ya solo por el simple hecho de que todos aquellos con quienes se encontraba y con quienes trabajaba la reconocían. Partió al extranjero ya en posesión de un bagaje teórico muy importante, con una seria provisión de experiencia política y animado por esa tensión hacia la meta que constituía su verdadera naturaleza espiritual. En el extranjero, tuvo que colaborar primero con el Grupo de *la Emancipación del Trabajo* y, sobre todo, con Plejánov, el profundo y brillante comentarista de Marx, maestro de varias generaciones, teórico, pensador político, publicista y orador que se había labrado un nombre en Europa y contactos por toda Europa. Junto a Plejánov se encontraban dos grandes autoridades: Zasúlich y Axelrod. No solo su heroico pasado ponía en primer plano a Vera Ivanovna, sino que era una mente de las más penetrantes, de amplia cultura, principalmente histórica, y de una intuición psicológica poco común. A través de Zasúlich se había establecido, en su momento, el vínculo del “Grupo” con el viejo Engels. A diferencia de Plejánov y Zasúlich, que estaban más estrechamente vinculados al socialismo latino, Axelrod representaba en el “Grupo” las ideas y la experiencia de la socialdemocracia alemana. Esta diferencia de “esferas de influencia” se manifestaba incluso en los lugares de residencia. Plejánov y Zasúlich vivían sobre todo en Ginebra, Axelrod en Zúrich. Axelrod se había centrado en las cuestiones de táctica. Como es sabido, no escribió ni un solo estudio de teoría o de historia. En general, escribía poco. Pero lo que escribía trataba casi siempre de cuestiones de táctica del socialismo. En este ámbito, Axelrod mostraba originalidad y perspicacia. Según las numerosas conversaciones que mantuve con él (durante un tiempo, él y yo estuvimos muy unidos, al igual que lo estuvimos con Zasúlich), me parece claro que muchas de las cosas escritas por Plejánov sobre cuestiones de táctica fueron el resultado de un trabajo colectivo y que, en ese trabajo, la contribución de Axelrod es mucho más importante de lo que parece según los documentos impresos. El propio Axelrod le había dicho más de una vez a Plejánov, líder indiscutible y querido del “Grupo” (hasta la ruptura de 1903):

- Tú, Georgui, tienes una gran capacidad de persuasión, consigues todo lo que necesitas...

Axelrod, como es sabido, había escrito el prefacio de un manuscrito enviado desde Rusia por Lenin: *Las tareas de los socialdemócratas de Rusia*.

Con este acto, el “Grupo” adoptaba en cierto modo al joven y brillante trabajador ruso, pero al mismo tiempo demostraba que lo consideraba un discípulo. Fue precisamente en calidad de discípulo que Lenin llegó al extranjero, junto con otros dos alumnos.

No asistí a los primeros encuentros de los alumnos con los maestros, a esas conversaciones en las que se elaboró la línea esencial de *Iskra*. Sin embargo, no es difícil comprender, a la luz de las observaciones sobre el semestre que acabo de describir, y especialmente a la luz del II Congreso del partido, que la gravedad del conflicto, al

margen de las cuestiones de principio que apenas comenzaban a plantearse, tenía su causa en la inexactitud del juicio emitido por los veteranos sobre el desarrollo y el significado del leninismo.

Durante el II Congreso e inmediatamente después, la indignación de Axelrod y de los demás miembros de la redacción contra Lenin iba acompañada de cierto asombro:

-¿Cómo se había atrevido a ir tan lejos?

La sorpresa aumentó aún más cuando, tras la ruptura de Plejánov con Lenin, que siguió de cerca al congreso, Lenin siguió, no obstante, liderando la batalla.

El estado de ánimo de Axelrod y los demás podría expresarse tal vez en estos términos: “¿Qué mosca le ha picado?”.

“Sin embargo, no hace tanto que llegó al extranjero -decían los veteranos-; llegó en calidad de discípulo y así es como se presentó (Axelrod insistía especialmente en este punto en lo que contaba sobre los primeros meses de *Iskra*). “¿De dónde le viene de repente esa gran seguridad? ¿Qué es esa audacia?”, etc.

A continuación, se intentaba adivinar sus intenciones: se había preparado un terreno en Rusia, no era de extrañar que todos los medios de comunicación estuvieran en manos de Nadezhda Konstantinovna; era allí donde, poco a poco, se iba ganando la opinión de los camaradas rusos en contra del Grupo de *la Emancipación del Trabajo*. Zasúlich no estaba menos indignada que los demás, pero quizá lo entendía un poco mejor. No en vano le había dicho a Lenin que, cuando mordía, “ya no soltaba”, en lo que se distinguía de Plejánov. ¿Y quién sabe la impresión que pudo causar esa frase en su momento? ¿Acaso no se había repetido Lenin a sí mismo: “Sí, es cierto: ¿quién conocería mejor a Plejánov que Zasúlich? Muerde, tira y abandona a su presa; pero no se trata en absoluto de morder para soltar después... Hay que morder y aguantar”?

En qué medida y en qué sentido podría ser cierto que Lenin hubiera “trabajado” previamente la opinión de los camaradas en Rusia, es Nadezhda Konstantinovna quien nos lo contaría mejor que nadie. Pero al ver las cosas desde una perspectiva más amplia, y sin invocar hechos concretos, se puede decir que esa preparación de las mentes tuvo lugar. Lenin siempre pensaba en el mañana cuando establecía y afianzaba las bases del hoy. Su pensamiento creativo nunca se enfriaba y su vigilancia no se adormecía. Y cuando se convenció de que el Grupo de *Emancipación del Trabajo* no era capaz de asumir la dirección inmediata de la vanguardia proletaria para organizar la lucha, ante la revolución que se avecinaba, sacó todas las conclusiones que se imponían. Los veteranos se equivocaron, y no solo los veteranos: aquel a quien tenían ante sí ya no era simplemente un joven trabajador de espíritu notable, a quien Axelrod concedía la distinción de un prefacio amistosamente protector; sino un líder, totalmente volcado en su objetivo y que, me parece, se sentía definitivamente convertido en líder cuando, en su trabajo, se encontraba codo con codo con los veteranos, con los maestros. Había constatado que era más fuerte y más indispensable que ellos. Es cierto que también en Rusia, Lenin, según la expresión de Márto, era el primero entre sus iguales. Pero entonces se trataba únicamente de los primeros círculos socialdemócratas, de las organizaciones jóvenes. Las reputaciones en Rusia tenían aún un carácter provincial: ¡cuántos Lassalle rusos y cuántos Bebel había entonces! El Grupo de *la Emancipación del Trabajo* era otra cosa: Plejánov, Axelrod y Zasúlich se encontraban al mismo nivel que Kautsky, Lafargue, Guesde y Bebel, el verdadero Bebel alemán. Al medir sus fuerzas con las de ellos en el trabajo, Lenin se midió a sí mismo a escala europea. Fue precisamente en sus desacuerdos con Plejánov, cuando la redacción se agrupaba en dos bandos, cuando Lenin tuvo que adquirir esa firmeza en la seguridad de sí mismo sin la cual, más tarde, no habría sido Lenin.

Sin embargo, las desavenencias con los veteranos eran inevitables. No se debía a que, a primera vista, existieran dos concepciones diferentes del movimiento revolucionario.

No, en aquella época aún no se había llegado a ese punto. Pero el mismo enfoque con el que se abordaban los acontecimientos políticos, las tareas de organización y, en general, todas las labores prácticas, y con el que, en consecuencia, se abordaba la próxima revolución, era profundamente distinto para uno y otro bando. Los veteranos, en aquella época, ya llevaban unos veinte años en el exilio. Para ellos, *Iskra* y *Zaria* eran ante todo empresas periodísticas. Pero para Lenin, eran el instrumento directo de la acción revolucionaria. En Plejánov, como se puso de manifiesto unos años más tarde, en 1905-1906, y de forma aún más trágica en la época de la guerra imperialista, en el fondo de Plejánov había un escéptico de la revolución; despreciaba esa tensión hacia la meta que caracterizaba a Lenin, y tenía en su repertorio más de una broma condescendiente y venenosa al respecto. Axelrod, como ya he dicho, se mantenía más cerca de los problemas de la táctica, pero su pensamiento se obstinaba en no salir del círculo de las cuestiones de preparación para la preparación. Con bastante frecuencia, analizaba con gran maestría las tendencias y los matices dentro de los diversos grupos socialistas de intelectuales revolucionarios. Era un homeópata de la política prerrevolucionaria. Sus métodos y procedimientos tenían un carácter de laboratorio, de farmacia. Las cantidades con las que operaba era siempre infinitamente pequeñas: los grupos que estudiaba, se vía obligado a ponerlos en una balanza de precisión, frente a los pesos más minúsculos. No en vano L. G. Deutch comparaba a Axelrod con el tipo de Spinoza; y no en vano Spinoza era tallador de diamantes: ese trabajo, como es sabido, se realiza con lupa. Ahora bien, Lenin abordaba los acontecimientos y las relaciones sociales en su conjunto, acostumbraba su pensamiento a captar las masas sociales y, de ese modo, reflejaba la imagen de la revolución en marcha que tomó por sorpresa tanto a Plejánov como a Axelrod.

La llegada de la revolución fue percibida, al parecer, más directamente por Vera Ivanovna Zasúlich que por los demás veteranos. Su vivo conocimiento de la historia, libre de todo pedantismo y saturado de intuición, le ayudó mucho en este asunto. Pero ella sentía la revolución como una vieja radical. En lo más profundo de su alma, estaba convencida de que poseíamos todos los elementos de la revolución, a excepción de un liberalismo “auténtico” y seguro de sí mismo, que debería tomar la dirección del movimiento; creía que nosotros, los marxistas, con nuestra crítica prematura y nuestra forma de “perseguir” a los liberales, no podíamos sino asustarlos y que, por ello mismo, desempeñábamos, de hecho, un papel contrarrevolucionario. En la prensa, es cierto, Vera Ivánovna no decía nada al respecto. Y en las conversaciones personales, no siempre expresaba su pensamiento hasta el final. Pero, sin embargo, esa era su convicción más íntima. Y de ahí provenía su antagonismo con Paul (Axelrod), a quien consideraba un doctrinario. Efectivamente, dentro de los límites de la homeopatía táctica, Axelrod defendía, sin falta, la hegemonía revolucionaria de la socialdemocracia. Solo se negaba a trasladar ese punto de vista, a abandonar el lenguaje de los grupos y los pequeños círculos para adoptar el de las clases, en un momento en que las clases se pusieron en movimiento. Ahí es donde se abrió el abismo entre él y Lenin.

Lenin llegó al extranjero no como un marxista “en general”, no para cumplir una tarea de literatura revolucionaria “en general”, no simplemente para continuar el trabajo de veinte años del Grupo de *Emancipación del Trabajo*. No, llegó como un líder virtual; no como un líder “en general”, sino como el líder de esa revolución que se avecinaba, que él sentía, que ya palpaba. Llegó para preparar, en el menor tiempo posible, las ideas y el aparato organizativo de esa revolución. Y cuando hablo de su tensión hacia el objetivo, a la vez tenaz y disciplinada, no lo entiendo en el sentido de que él, Lenin, se hubiera esforzado por contribuir al triunfo “final”; no, eso sería una frase demasiado general, demasiado vacía, sino que lo entiendo en ese sentido concreto, directo e inmediato de que se fijó un objetivo práctico: acelerar la llegada de la revolución y asegurar su victoria.

Cuando Lenin, en su labor en el extranjero, se encontró codo con codo con Plejánov, cuando desapareció entre ellos lo que los alemanes llaman con seriedad “la distancia”, no podía dejar de resultar evidente para “el discípulo” que, en la cuestión que él consideraba esencial de su época, no tenía casi nada que aprender de su maestro y que, incluso, ese maestro, vacilante por escepticismo, era capaz de obstaculizar con su autoridad la labor saludable y de arrebatarse a él, a Lenin, colaboradores más jóvenes. De ahí el cuidado vigilante que puso Lenin en ocuparse de la composición de la redacción, de ahí esa combinación de los “siete” y los “tres”, de ahí su esfuerzo por separar a Plejánov del Grupo de *la Emancipación del Trabajo* para crear una triple dirección, en la que Lenin “tendría” siempre a Plejánov, en las cuestiones de teoría revolucionaria, y a Márto, en cuestiones de política. Las combinaciones personales podían cambiar; pero “la anticipación” permanecía inmutable en lo esencial y, finalmente, tomó forma de carne, hueso y sangre.

En el II Congreso, Lenin se ganó a Plejánov, pero sin esperanza de retenerlo por mucho tiempo; al mismo tiempo, perdió a Márto, y fue para siempre. Plejánov había intuido algo en el II Congreso. No sé si esta notable frase se ha citado alguna vez en la prensa ni si es siquiera conocida en el partido; pero garantizo su autenticidad. “¡De esta pasta se hacen los Robespierre!” Y hasta algo más, ¡Georgui Valentinovitch! Respondió la historia. Pero, evidentemente, esta revelación de la historia pronto palideció en la conciencia del propio Plejánov. Rompió con Lenin, volvió al escepticismo y a las bromas venenosas, que, por cierto, con el tiempo, perdieron su veneno.

Pero en la anticipación “escisionista”, no se trataba solo de Plejánov, ni solo de los veteranos. Con el II Congreso concluía, en cierto modo, la etapa primaria del período preparatorio. El hecho de que la organización de *Iskra* se escindiera de manera totalmente inesperada en el II Congreso, de que se dividiera en dos partes casi iguales, este hecho en sí mismo demuestra que, en la etapa primaria, aún había muchas reticencias. El partido de clase apenas estaba rompiendo la coraza del radicalismo intelectual. La corriente que llevaba a los intelectuales hacia el marxismo aún no se había interrumpido. El movimiento estudiantil, por su flanco izquierdo, influía en *Iskra*. En los círculos de la juventud intelectual, sobre todo en el extranjero, eran muy numerosos los grupos que prestaban su apoyo a *Iskra*. Todo esto era aún muy incipiente, poco maduro y, en la mayoría de los casos, inestable. Las estudiantes vinculadas a *Iskra* planteaban entonces a un conferenciante esta pregunta: “¿Tiene derecho una compañera de *Iskra* a casarse con un oficial de la marina?”. En el II Congreso solo había tres obreros; y aún así no fue fácil conseguir que asistieran. *La Iskra*, por un lado, reunía y formaba a un núcleo de revolucionarios profesionales y atraía bajo su bandera a jóvenes obreros animados por un espíritu heroico. Por otro lado, grupos considerables de intelectuales no hacían más que pasar por *la Iskra*, para mutar pronto y transformarse en “emancipadores”. *Iskra* tenía éxito no solo como órgano marxista del partido proletario en construcción, sino también, sencillamente, como publicación de lucha política, de extrema izquierda, que no se cortaba a la hora de emplear palabras violentas. Los elementos más radicales de la intelectualidad aceptaban, en su primer impulso, luchar por la libertad bajo la bandera del *Iskra*. Y, sin embargo, el espíritu progresista-pedagógico de los intelectuales, que los mantenía recelosos de las fuerzas del proletariado, espíritu que antes había encontrado su expresión en el “economismo”, había llegado ahora, y de manera bastante sincera, a adoptar el color de *Iskra*, sin cambiar nada de su propia esencia. A fin de cuentas, la brillante victoria de *Iskra* fue mucho más amplia que sus conquistas reales. No me atrevo a juzgar por el momento en qué medida Lenin se daba cuenta de ello de forma clara y completa antes del II Congreso, pero, en cualquier caso, lo veía más claro y más completo que nadie. Entre esas tendencias bastante variadas que se agrupaban bajo la bandera de

*Iskra*, y que encontraban su reflejo en la propia redacción, Lenin era el único que representaba el mañana, con todas sus duras tareas, sus crueles conflictos y sus innumerables víctimas. De ahí su vigilancia y sus recelos de combatiente. De ahí esa forma de plantear con claridad las cuestiones de organización, que encontró su expresión simbólica en la cuestión de la afiliación de los miembros al partido (artículo 1 de los estatutos)<sup>6</sup>.

Es del todo natural que en el II Congreso, que se preparaba para cosechar los frutos de las victorias espirituales de *Iskra*, fuera Lenin quien iniciara la labor de una nueva diferenciación, de una nueva selección, más exigente, más severa, para decidirse a dar tal paso, con la mitad del congreso en su contra (siendo Plejánov un aliado a medias y poco seguro, y todos los demás miembros de la redacción adversarios declarados y decididos); para decidirse, en tales condiciones, a una nueva selección, había que tener ya una fe totalmente excepcional no solo en su causa, sino en sus fuerzas.

Lenin debía esa fe a la valoración que tenía de sí mismo, contrastada por la experiencia, que resultaba de su colaboración con los “maestros” y de los primeros destellos que anunciaban las próximas tormentas del conflicto y el estruendo de la escisión.

Se necesitaba toda la poderosa determinación de Lenin hacia el objetivo para emprender una obra así y llevarla a buen término. Lenin, incansablemente, tensaba la cuerda del arco hasta el límite, hasta lo imposible, y, al mismo tiempo, la palpaba con cautela: ¿no se notaba que se distendía, alguna amenaza de rotura? -¡Es imposible tensarlo tanto, el arco se va a romper! -gritaban por todas partes. -No se romperá -respondía el maestro arquero-. Nuestro arco está hecho de esa materia proletaria que no se rompe; en cuanto a la cuerda del partido, hay que tensarla una y otra vez, ¡pues tendremos que lanzar muy lejos la pesada flecha!

*5 de marzo de 1924*

Edicions Internacionals Sedov  
Trotsky en internet y en castellano (Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras  
Escogidas)

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>6</sup> *Estatutos organizativos del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia [II Congreso, 30 julio -23 agosto 1903]*, en nuestra serie *Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*.